

rias primas —especialmente el petróleo— de los países del Sur y los productos industrializados de los países del Norte. Se intentaría la creación de un fondo mundial de tres mil millones de dólares en liquidez y de tres mil millones de dólares movilizables para la financiación de los «stocks» mundiales de diez materias primas que se consideran particularmente vulnerables a las situaciones de mercado y de coyuntura, de forma que los países compradores tuvieran siempre un precio garantizado máximo y los productores supieran que disponían, a su vez, de un precio de venta mínimo garantizado, sin estar sometidos a los vaivenes del mercado, producidos muchas veces artificialmente por maniobras de los países capitalistas. Se haría depender las emisiones monetarias de una definición basada en las materias primas, de forma que éstas no sufrieran, como ahora las consecuencias de la inflación occidental y no se vieran obligadas a revisar continuamente sus precios, con lo que se producen las actuales «revo-

luciones» económicas que desconciertan a la economía mundial.

Los proyectos para que los acuerdos básicos Norte-Sur llegaran a tener una eficacia deberían ser debatidos en la sesión de la Asamblea General, que se inaugurará en septiembre próximo. Más que la posible expulsión de Israel, lo que los Estados quieren evitar en dicha Asamblea es un acuerdo económico que transformase radicalmente las bases de su explotación mundial de las materias primas. Una retirada parcial de los Estados Unidos, aunque sólo fuese por la duración de la Asamblea General, hasta fin de año haría imposible que los acuerdos pudieran llegar a buen término. Muchos países africanos y asiáticos temen que la moción de expulsar a Israel —de la que hasta ahora en realidad sólo hay rumores y amenazas vagas— por parte de algunos países árabes sería en realidad una maniobra de provocación inventada por los propios Estados Unidos para rechazar así su participación en una de las formas más importantes del debate Norte-Sur. ■

PRENSA

El secuestro del gato «Fritz»

Este mes de julio, la revista «Starr» cumplirá, si se lo permite, un año de vida. Durante ese año ha ido presentando al público español una antología perfectamente concebida y realizada del «comic» «underground» americano, y, al mismo tiempo ha servido para descubrir nuevos dibujantes españoles. Ha supuesto, hasta ahora, el primer intento de crear un equivalente en nuestro país de la «free press», cumpliendo una función importante dentro de nuestra cultura: la de ponernos en contacto con aquellas formas de expresión —el «comic», el cine «underground», etcétera— injustamente desconocidas o marginadas entre nosotros.

El número 13 —fatídico número— de la revista estaba exclusivamente dedicado a «Fritz el Gato», personaje importante en la mitología contra-

cultural americana, y uno de los más representativos trabajos del dibujante Robert Crumb. Pero he aquí que un padre de familia, haciendo caso omiso de la advertencia «sólo para adultos» que figura en la portada de todos los números de «Starr», y confundiendo tal vez al gato Fritz con el gato Félix, compró la revista para su hijito, y en vez de encontrarse con el sadomasoquismo habitual de los tebeos y dibujos animados, se encontró, aterrado, con la violencia de la contracultura en su más crudo aspecto. Cursó la consecuente denuncia, y el número fue secuestrado. La revista, según se dice, corre ahora grave peligro de desaparecer o de ser fuertemente multada. Sería triste, pues perderíamos con ella uno de los pocos contactos que con la cultura —sub o contra, pero cultura siempre— manteníamos. ■
EDUARDO HARO IBARS.

CANET

Delirio democrático con música y letra

Cuarenta mil personas, cuarenta mil. Y no reunidas por un partido de fútbol. Las Seis Horas de «Canço Catalana» de Canet de Mar, batieron el record que ya habían batido el año anterior, y el otro, y el otro. Ya los hechos del año anterior anticipaban que el Festival se había convertido en una válvula no de escape, sino de encuentro de la juventud catalana. A pie, en coche, en tren, con guitarras, tiendas de campaña, macutos llenos de solida-

ridad y publicaciones de las unas y las otras, cuarenta mil personas se concentraron en una de esas villas del litoral catalán, maledadas por la invasión turística. La oleada humana limpiaba por unas horas el vaho turístico depredador de cualquier identidad popular, y sentaba los reales de una comunión política, sentimental, a través del médium de la canción.

Los cantantes participantes reunían condiciones de médiums. Fals-

terbo 3, uno de los pocos grupos que como tales han cuajado en el seno de la «canço»; Teresa Rebull, superviviente de aquella promoción de catalanes que quisieron y pudieron concentrarse de cuarenta en cuarenta mil para cantar la libertad; un grupo «folk» ibicenco llamado UC; Dolores Lafitte, la «chica de Manlleu»; Marina Rosell, La Trinca, con su repertorio desenfadado, que conecta con la escatología erótica y fecal del grueso humor agrario del país; Pepe Tapiés y, a continuación, María del Mar Bonet, abriendo la puerta de las actuaciones más esperadas, con esa fuerza impresionante que consigue a base de voz y piel nocturna; Ovidi Montllor, un animal escénico fabuloso y prácticamente desaprovechado; Rafael Subirachs, el hace años presentado como mejor «músico» de la «canço», y que ahora vuelve a la palestra con una canción que elevó la temperatura de la noche de Canet hasta el punto del estallido del termómetro. Se trata de «Els segadors», el viejo himno catalán de la guerra civil del siglo XVII. La voz de Subirachs es adecuadísima para la majestad trágica del himno, que ha servido de respaldo emotivo a la larga, ancha, profunda, indestructible, irreversible reivindicación catalana. Cuarenta mil voces secundaron a Subirachs en un trémolo emotivo que cortaba el resuello. Hace algunos meses, el público del campo del Barça recuperaba otro viejo himno, «La senye-

ra», silenciado desde 1939, y ahora el de Canet hacía lo propio con «Els segadors».



Pi de la Serra dio el toque final a una fiesta democrática cuyos principales protagonistas ya no eran los cantantes. Era un público vital, concienciado, que daba un definitivo sentido histórico a un acto que podía haber empezado y terminado como una manifestación más de poder juvenil, y que, en cambio, había ido más allá y se había convertido en un delirante testimonio democrático con música y letra. ■
M. V. M.

VALENCIA-BARCELONA

Dos librerías incendiadas

Si cualquier atentado contra una librería es acreedor a la más enérgica protesta, la reprobación sube, naturalmente, de tono en los presentes casos, por tratarse, en Barcelona, de una librería modesta, dedicada a paliar las carencias culturales de su barriada, fruto de años de absoluta dedicación y de innumerables sacrificios. En Valencia la librería víctima del atentado es propiedad de un librero de edad muy avanzada, y cuya vida profesional se ha distinguido siempre por una gran dedicación a los actos gremiales.

El párrafo anterior es el punto primero de una nota facilitada por la Agrupación Nacional del Comercio del Libro y el Gremio de Libreros de Barcelona, ante el incendio de dos librerías modestas: la Universal, de Valencia, y El Borinot Ros, de Barcelona. Las dos fueron inquisitorialmente quemadas en las primeras semanas de este caluroso mes de julio.

No es este el primer caso de incendio voluntarista a que son sometidas librerías españolas. El fuego, la piedra, la pintada ofensiva son algunas de las armas utilizadas contra galerías, como Theo, y librerías o editoriales, como Antonio Machado, Cine d'Oros, Propaganda Popular Católica, Distribuciones de Enlace, Dalla, Viceversa, etcétera...

Los libreros, al condenar estos atentados, señalan, una vez más, su neutralidad («la existencia de libros de distintas corrientes culturales en una misma librería no presupone preferencia alguna»), y su ubicación en lo legal, puesto que todos los libros puestos a la venta están autorizados.

Podemos avanzar más. Sea la librería modesta o de lujo, tenga o no el librero preferencia por lo que expone (que es muy dueño de tenerla o no), venda o intente vender libros autorizados o no... En ningún caso son unos aficionados a bombas de Fahrenheit los encargados de dirimir diferencias ideológicas por la expeditiva vía del incendio o de suplantarlo con su intrusismo a la autoridad competente en la labor de retirar unos libros si éstos no están autorizados, retirada que, guste o no, está prevista en los ordenamientos legales...

Después de condenar el hecho, los libreros, ante la repetición de casos semejantes, manifiestan su «propósito de crear instrumentos económicos propios de cobertura y protección, como el establecimiento de una caja de defensa colectiva», sin renunciar por ello al ejercicio legal de sus derechos para defenderse, además de solicitar «de la autoridad la adopción de una actitud de clara repulsa y condena». ■